

Misas solemnes en Re mayor, en Mi bemol, y Fa mayor, un bello Invitatorio de difuntos, varios motetes, un Benedictus, un Tantum ergo, Salve y Trisagio.

Por otra parte, no son pocas las obras marciales que compuso durante la época en que dirigía las bandas, entre otras *La Araucana*, obertura militar, últimamente ejecutada en Lima con aplauso de los inteligentes, varias *marchas*, muchos *pasos dobles*, distintas *variaciones*, *boleros* y *valeses*.

Pero por mil motivos, las composiciones patrióticas son las que mayor atención merecen. En primer lugar, tenemos nuestra *Canción Nacional*; después, *La Chicha*, canción criolla, impresa últimamente en el *Album de Ayacucho*, donde se atribuye erróneamente a D. Juan Tena; *La Despedida de las Chilenas al Ejército Libertador del Perú*; *La Pola*; *La Cora*; *La Burla a las godas*, que casi le costó la vida; y la *Canción* que por orden de San Martín, cantaban los niños en la plaza mayor de Lima.

Bien conocemos que no basta este tosco trabajo para hacer justicia al hombre y al artista. Para hacer justicia al maestro Alcedo, es necesario conocerle, tratarlo con frecuencia, en el abandono de una conversación familiar, como lo ha hecho por muchos años el que estos renglones escribe.

F. C. C. Zegarra.

Filosofía elemental de la Música
o sea *La Exégesis de las doctrinas conducentes a su mejor inteligencia.*

Por José Bernardo Alzedo

Lima.— Imprenta Liberal Calle de San Marcelo N° 55.— 1869.

Págs. III - VIII

NOTA: Se ha respetado la "z" de Alzedo.

BIOGRAFIA DE DON JOSE BERNARDO ALCEDO APARECIDA EN "EL PERUANO" CON OCASION DE SU FALLECIMIENTO, OCURRIDO EN LIMA EL 28 DE DICIEMBRE DE 1878.

UN PROCER MENOS

JOSE BERNARDO ALCEDO.

El sábado 28 de Diciembre de 1878, dejó de existir el señor don José Bernardo Alcedo, veterano de la Independencia y autor del Himno Nacional.

La muerte nos ha arrebatado una de esas reliquias preciosas del pasado, y que poco a poco van desapareciendo, dejándonos un recuerdo imperecedero de sus virtudes y de sus hechos gloriosos.

Alcedo era uno de esos seres cuya existencia estuvo consagrada a la patria. Ninguno como él la engrandeció, ya combatiendo contra la tiranía, ya produciendo piezas musicales de notable mérito que influían en el ánimo de los ciudadanos para proseguir con firmeza la noble causa de emancipación.

Los mejores días de su juventud, los dedicó Alcedo al servicio de la Libertad, él soportó tranquilo toda clase de vejámenes, persecuciones y no desmayó hasta ver coronados con los laureles del triunfo tanto sus propias convicciones como las de sus compañeros de armas.

Adquirió gloria como soldado y como músico.

La primera a costa de inmensos sacrificios y de su sangre; la segunda, merced al genio prematuro que se desarrolló en la infancia.

Alcedo con el corazón poseído de entusiasmo se lanzó a la lucha, porque no podía contemplar impacible el predominio de las viejas y viciosas preocupaciones de la monarquía sobre los sanos elementos que ya germinaban en las nacientes Repúblicas de América.

Nuestro joven héroe anhelaba como todos los peruanos, un gobierno propio para su país, que apartándose de los abusos y del espíritu de explotación que eran tan comunes en la época del coloniaje, lograrse ocupar el alto rango que le correspondía, entre las naciones libres del Orbe.

Veía el entronizamiento de la arbitrariedad y de la tiranía y esa alma nacida para el bien, no pudo menos que ponerse al frente de los opresores y desafiar resueltamente su saña y su furor.

El arte sublime de la música vino a retemplar el fuego sagrado de tanto patriotismo, consolando al maestro en las horas de prueba y animándolo en la senda gloriosa de la libertad.

Así se deslizaban penosos los primeros días de esa lucha memorable, en que cada uno hacía esfuerzos sobrehumanos por librar al país de la dominación extranjera; Alcedo, que demostró un tezón inquebrantable, esperaba con el corazón lleno de fe la fecha que serviría de complemento a sus triunfos musicales y que colmarían las legítimas aspiraciones del maestro y soldado.

Llegó el momento feliz para la Patria.

El General San Martín al mando del Ejército Libertador se presentó en las playas del Perú el año de 1821 y el maestro Alcedo corrió presuroso a formar en sus filas.



*Don José Bernardo Alcedo. Ilustración
aparecida en su obra La Filosofía de la
Música. Lima 1869.*

No satisfecho con combatir al enemigo, quiso legar en el papel el fuego de su patriotismo, y compuso el *Himno Nacional* que hizo inmortal el genio del maestro.

El fue quien se llevó la palma en el concurso celebrado con ese fin, en Lima, aquel año.

La música solemne y majestuosa de esa canción, impone y demuestra a la vez el carácter bondadoso del pueblo peruano; ella traduce la grandiosidad del bien conquistado y la serenidad de los ciudadanos al dar expansión a sus sentimientos patrióticos.

Así no hay ofensas ni rencores; solamente un canto de regocijo y el eco fiel de la gratitud nacional para con sus libertadores.

Tan luego como terminó la campaña, Alcedo que se había enrolado en el Batallón N. 4 de Chile, siguió la suerte de sus compañeros.

En Santiago permaneció cerca de cuarenta años consagrado a la enseñanza de la música y satisfecho de haber contribuido en algo a la libertad del Perú. Fue muy querido de la sociedad santiaguina y allí contrajo matrimonio con una distinguida señorita de la capital.

Pero mejor diremos algunos rasgos biográficos de su vida.

Don José Bernardo Alcedo, nació en Lima en 1798. Sus padres fueron D. José Isidoro Alcedo y Da. Rosa Larraín.

Sus primeros años los pasó al lado de una madre tierna y amorosa que con sus consejos formaba el corazón del joven Alcedo.

A la edad de seis años fue puesto en el colegio y a los diez ya había concluido todos sus estudios preliminares.

Como el niño Alcedo demostrase decidida afición al canto, fue enviado a una acreditada academia de música que dirigía en el Convento de los Agustinos Fray Cipriano Aguilar. Después se encargó de su educación artística el dominico Fray Pascual Nieves, buen tenor y excelente organista. Fueron tan rápidos los progresos de Alcedo en la música, que a los seis meses de permanecer en la academia y cuando sólo tenía once años, no había trozo que no interpretase fielmente.

Habiendo tenido que ausentarse de Lima Fray Pascual Nieves, Alcedo se vio privado de las sabias y útiles lecciones de su maestro. No obstante esa circunstancia, con los conocimientos que ya poseía se dedicó al estudio de Haydn y de Mozart. Fijaba su atención en las misas tanto de éstos como otros célebres maestros, y aún componía pequeños *motetes*.

Causó la admiración general su primera misa en *re mayor* que compuso a los diez y ocho años. Ese trabajo prematuro, obra del genio, reunía notables bellezas.

Con motivo de la entrada a Lima del Ejército de San Martín el año de 1821 y proclamándose la Independencia del Perú, el Gobierno invitó a los artistas y compositores para que escribiesen un Himno Nacional.

Siete composiciones escritas por otros tantos artistas, entraron en el concurso. El día prefijado fueron examinadas todas ellas, y apenas hubo terminado la ejecución de la de Alcedo, cuando San Martín poniéndose de pie exclamó: *Sin disputa éste es el Himno Nacional del Perú*. Al día siguiente un Decreto confirmaba esta opinión expresada en un momento de entusiasmo.

El himno se estrenó la noche en que se celebró en Lima la entrega de las fortalezas del Callao. Alcedo llevado en triunfo al Salón Presidencial, fue objeto de las más finas atenciones.

La señora Da. Rosa Merino fue la primera que con su bellísima voz cantó ese himno patriótico.

La versificación pertenece a don Juan José La Torre Ugarte.

En el mes de Agosto de 1822, se incorporó Alcedo en el Batallón Núm. 4 de Chile, como músico mayor en clase de Subteniente de Ejército.

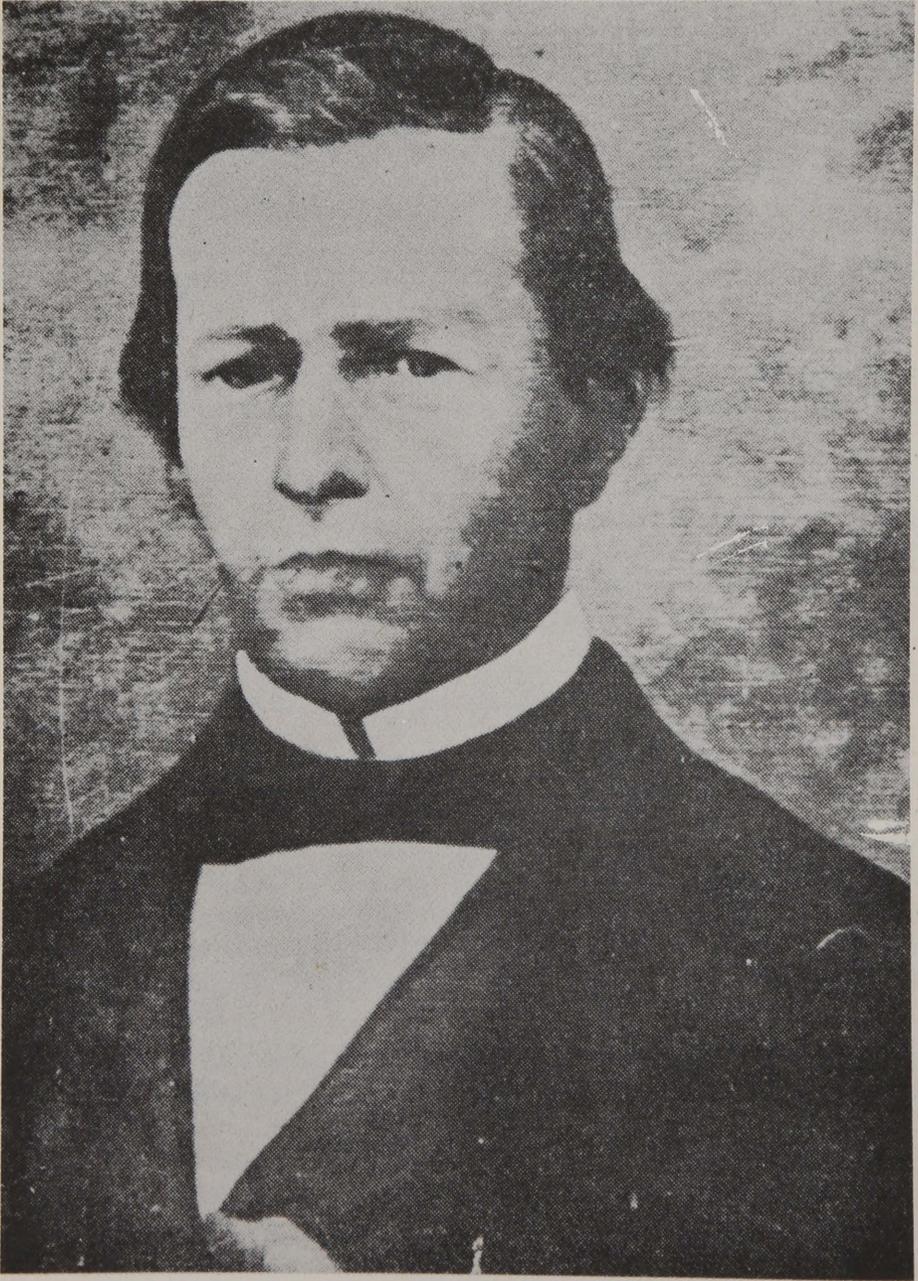
Después de varias campañas, se fue a Chile en su mismo batallón. Sus vastos conocimientos de la música le conquistaron una reputación universal.

En esa República permaneció cuarenta años. Fue Director General de las bandas militares y prestó también sus servicios profesionales en los Conventos de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, introduciendo el canto llano que era ignorado por completo en Chile.

El año de 1846 el Ilmo, señor Arzobispo don Rafael V. Valdivieso, confió a Alcedo el título y empleo de Maestro de Capilla de la Iglesia Metropolitana, cargo que desempeñó brillantemente, escribiendo muchas piezas originales y de notable mérito.

En Santiago se unió el maestro Alcedo por los lazos del matrimonio con la recomendable señora Da. Juana Rojas, estimada por sus virtudes e ilustración.

El hecho que enaltece a ese ilustre prócer, es que su hogar en Chile acogió siempre a los peruanos que, proscritos o no, llegaban a Santiago.



*Don José de la Torre Ugarte. Retrato
aparecido en la obra de Carlos Raygada.
Historia Crítica del Himno Nacional
Tomo II. Lima 1954.*

En 1864 el Gobierno del Perú lo invitó a pasar a Lima, con el fin de darle la dirección del "Conservatorio de Música" que se estableció entonces; y para comisionarlo así mismo, aunque provisoriamente, de dirigir las bandas del Ejército, con cuyo objeto se le asignó una pensión.

Entre los muchos honores alcanzados por el maestro Alcedo en su gloriosa carrera, recordamos que la «Sociedad Filarmónica» de esta capital le nombró su Presidente Vitalicio *ad honorem* y que el «Club Literario» premió el 28 de Julio de 1877 su notable obra: «Filosofía elemental de la música», concediendo al maestro una palma y un laurel de oro y plata, entrelazados y con su correspondiente dedicatoria.

Las obras de mayor interés, escritas en Chile por el señor Alcedo, son de carácter religioso, a que manifestó decidida afición el maestro.

Entre otras se mencionan las siguientes:

Un magnífico *miserere*, una *pasión* para el Domingo de Ramos, y otra para el Viernes Santo; tres misas solemnes en *re mayor*, en *mi bemol* y *fa mayor*; un bello *invitatorio de difuntos*; varios *motes*, un *benedictus*, un *tantum ergo*, *salve* y *trisagio*.

También compuso algunas piezas marciales. Entre ellas la «Araucana», obertura militar, marchas, pasos dobles, variaciones, boleros y valsos.

Sus composiciones patrióticas, han sido las que más han llamado la atención. Nadie podrá olvidar al maestro, oyendo la *canción nacional* que figura en primera línea, la "chicha" canción criolla, impresa en el Album de Ayacucho, las "despedidas de las chilenas al Ejército Libertador, la Plao, la Cora, la Burla a las godas", que estuvo a punto de costarle la existencia al autor; y la canción que por orden del General San Martín cantaban los niños en la Plaza de Armas de Lima.

He allí la reseña de los hechos más gloriosos de la vida de ese veterano, cuyos servicios a la Patria no han podido ser más importantes.

Al siguiente día, a las cuatro de la tarde, fueron trasladados sus restos al Cementerio General. La «Sociedad Musical Humanitaria» cumplió tan triste deber.

Una comisión de la «Sociedad Fundadores de la Independencia» presidida por el Dr. D. Manuel Alzamora, acompañó el cadáver, lo mismo que un número pequeño pero selecto de amigos del finado.

De orden de S. E. el Presidente de la República, una compañía del Batallón Ayacucho, con la banda de música le hizo los honores.

Deploramos la desaparición de uno de los padres de la Patria, y damos el pésame a la República por tan sensible pérdida.

El Peruano

Diario Oficial

Lima, Jueves 2 de Enero de 1879

Año 37.— Tomo I.— Núm. 1

ESCRITOS DE DON RICARDO PALMA EN LOS QUE SE TRATA SOBRE EL SUPUESTO CONCURSO Y "ESTRENO OFICIAL" DEL HIMNO

LA TRADICION DEL HIMNO NACIONAL

(1821)

I

Por los años de 1810 existía en el Convento de los Dominicos de Lima, y también en el de los Agustinos, una Academia de música, dirigida por fray Pascual Nieves, buen tenor y mejor organista. El padre Nieves era en su época la gran reputación artística que los peruleros nos sentíamos orgullosos de poseer.

El primer pasante de la Academia era un muchacho de doce años de edad, como que nació en Lima en 1798. Llamábase José Bernardo Alcedo y vestía el hábito de donado, que lo humilde de su sangre le cerraba las puertas para aspirar a ejercicio de sacerdotales funciones.

A los dieciocho años de edad, los motetes compuestos por Alcedo, que era entusiasta apasionado de Haydn y de Mozart, y una misa en *re mayor* sirvieron de base a su reputación como músico.

Jurada en 1821 la Independencia del Perú, el Protector don José de San Martín expidió Decreto convocando concurso o certamen musical, del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por Himno Nacional de la República.

Seis fueron los autores que entraron en el concurso, dice el galano escritor a quien extractamos para zurcir este artículo.

El día prefijado fueron examinadas todas las composiciones y ejecutadas en el orden siguiente: